

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Delante de la casa de Olivia.

Salen SEBASTIAN *y el* BUFON.

BUF. ¿Me querreis hacer creer que no me han enviado á llamaros?

SEB. Véte, y déjame en paz; eres un necio.

BUF. ¡Bien sostenido, á fe mia! No, no os conozco, que digamos, ni me ha mandado la señora decirnos que fuérais á hablar con ella; no, vuestro nombre no es Cesario, ni es esta mi nariz tampoco. Nada está conforme está.

SEB. Por Dios, te ruego, ensarta tus sandeces En otra parte: á mí no me conoces.

BUF. ¡Ensartar mis sandeces! Ha oído esa frase de algun grande hombre, y ahora lo aplica á un bobo. ¡Ensartar mis sandeces! Me temo que este poltronazo, el mundo, acabará por ser petimetre. Ruégote ahora que te despojes de esa extrañeza, y me digas qué la he de ensartar á mi señora. ¿Le ensartaré tu próxima llegada?

SEB. Ruégote, sandio griego, que me dejes.

¿Quieres dinero? Aquí lo tienes: toma.

Paga peor tendrás si no te marchas.

BUF. A fe mía, tienes mano franca. Estos sabios qued an dinero á los necios cobran buena fama... al cabo de diez años de estarla pretendiendo.

Salen DON TOBIAS, DON ANDRÉS y FABIO.

D. AND. ¡Hola, caballero! ¿Os vuelvo al fin á encontrar? Tomad. *(Le pega.)*

SEB. Pues toma tú también, y toma, y toma.

Esta gente está loca, según creo.

D. TOB. Poco á poco, hidalgo, ó arrojaré vuestra espada por cima del tejado.

BUF. Se lo voy á contar á mi ama al punto. No quisiera hallarme en vuestras chupas por dos maravedís. *(Vése.)*

D. TOB. *(Sujetando á Sebastian.)* Vamos, hidalgo, teneos.

D. AND. No, soltadle. Yo le ajustaré las cuentas por otro lado: le citaré á juicio por agresion violenta, si es que hay aún justicia en Iliria. Y aunque yo le pegué primero, no importa.

SEB. Suéltame.

D. TOB. ¡Vamos, hidalgo! no os quiero soltar. ¡Vamos, jóven soldado, envainad ese acero! No tenéis malos puños. ¡Vamos!

SEB. ¡Me soltarás! ¿Qué quieres? Si te empeñas En apurarme más, saca tu espada.

D. SEB. ¡Hola, hola! Será menester sacarte un par de onzas de esa sangre atrevida.
(Sacan las espadas.)

Sale OLIVIA.

OLIV. ¡Tente, Tobias, por tu vida, tente!

D. TOB. ¡Señora!

OLIV. ¡Siempre la misma historia! ¡Mal nacido, Tan sólo digno de vivir en montes Y bárbaras cavernas donde nunca Crianza penetró! ¡Sal de mi vista! No os deis por ofendido, buen Cesario.

¡Grosero, vé! (Vánse don Tobías, don Andrés y Fabio.)

Te ruego, dulce amigo,
Que te dejes guiar por tu cordura;
Y no por la pasión, en este injusto
Grosero ataque contra tu sosiego.
Vente conmigo; y en mi casa oído
Presta al relato de las mil locuras
Sin tino urdidas por aquel malvado,
Y de ésta te reirás. Fuerza es que vengas;
No rehuses. ¡Mal haya aquel impío;
Turbó en tu pecho un corazón que es mío!

SEB. Aparte.) Me place el lance. ¿A qué vendrá su
[empeño?

O yo estoy loco, ó debe ser un sueño.

¡Hunde mi acuerdo en Lete, oh fantasía!

¡Si esto es soñar, durmamos, alma mía!

OLIV. Ven, pues. Sé en todo dócil á mi ruego.

SEB. Tal juro ser

OLIV. ¡Ay, dilo, y hazlo luego! (Vánse.)

ESCENA II.

Una sala de la casa de Olivia.

Salen MARÍA *y el* BUFON.

MAR. Ven acá, te ruego: ponte esta sotana y este alzacuello, y hazle creer que eres don Matias, el padre cura. Date prisa; llamaré á don Tobías mientras tanto. (Váse.)

BUF. Pues me la pondré, y me disfrazaré con ella. ¡Ojalá fuera yo el primero que se disfrazó con la sotana! No soy bastante alto para llenar bien mi papel, ni bastante flaco para poder pasar por buen estudiante: pero vale tanto tener fama de hombre honrado y de gobierno, como de hombre prudente y de gran letrado. Aquí vienen mis colegas.

Salen DON TOBIAS y MARÍA.

D. TOB. ¡Dios te bendiga, padre cura!

BUF. *Bonos dies*, don Tobías; pues como dijo con mucha gracia el viejo ermitaño de Praga, que no vió nunca tinta ni papel, á la sobrina del rey Gorboduc, «lo que es es,» así yo, siendo el padre cura, soy el padre cura. ¿Pues qué es «que» sino «que,» y «es» sino «es?»

D. TOB. A él, padre Matías.

BUF. ¡Ah! ¿quién hay aquí? Paz sea en esta cárcel.

D. TOB. El pícaro disimula bien. ¡Valiente pícaro!

MAL. (Dentro.) ¿Quién llama?

BUF. Padre Matías, el cura, que viene á visitar á Malvolio el lunático.

MAL. ¡Padre Matías! ¡padre Matías! ¡Buen padre Matías! Id á ver á mi señora.

BUF. ¡*Vade retro*, hiperbólico demonio! ¡así atormentas á este desdichado! ¿No sabes hablar más que de las señoras?

D. TOB. Bien dicho, padre cura.

MAL. Padre Matías, nunca fué maltratado de esta suerte hombre alguno. Buen padre cura, no creais que estoy loco. Me han encerrado aquí entre horrorosas tinieblas.

BUF. ¡Calla, inmundo Satanás! Te apostrofo en los términos más blandos posibles, pues soy hombre de genio dulce, que trata con cortesía al mismísimo Belcebú. ¿Osas decir que esta casa está en tinieblas?

MAL. Como el infierno, padre cura.

BUF. ¿Qué se entiende? Tiene ventanas saledizas tan transparentes como postigos, y las tejas hácia el surnorte relumbran como el ébano: ¿y aún te quejas de las tinieblas?

MAL. No estoy loco, padre Matías: os digo que esta casa está en tinieblas.

BUF. Loco, te engañas. Te digo que no hay más tinieblas que la ignorancia en que tú estás enredado como los egipcios en su niebla.

MAL. Digo que esta casa está tan tenebrosa como la ignorancia, aunque fuera la ignorancia tan tenebrosa como el infierno; y digo que nunca fué maltratado de tal suerte hombre alguno. Tengo tanto de loco como vos, y si no, haced la prueba dirigiéndome preguntas razonables.

BUF. ¿Cuál es la doctrina de Pitágoras concierne á las aves silvestres?

MAL. Que el alma de nuestra abuela pudiera tal vez estar en un ave.

BUF. ¿Qué opinas de su doctrina?

MAL. Yo pienso noblemente del alma, y no apruebo en manera alguna su doctrina.

BUF. Dios te guarde. Permanece siempre en tinieblas. Tienes que creer en la doctrina de Pitágoras ántes que te pueda dar yo por cuerdo, y guardarte de matar ninguna perdiz por temor de expulsar al alma de tu abuela. Dios te guarde.

MAL. ¡Padre Matías, padre Matías!

D. TOB. ¡Padre Matías de mis entrañas!

BUF. Nado bien en todas aguas.

MAR. Para hacer eso no habias menester alza-cuello y sotana: no te ve.

D. TOB. Háblale ahora en tu voz natural, y dime cómo le encuentras. Quisiera poner término cuanto ántes á esta truhanada. Si pudiéramos ponerle en libertad oportunamente, lo haria de buena gana, pues estoy ahora tan de malas con mi sobrina, que no puedo seguir sin peligro con esta broma hasta el remate. Llégate luego á mi aposento. (Váanse don Tobías y María.)

BUF. (Canta.) *Dime, pastor, por tu vida:
¿Qué hace tu prenda querida?*

MAL. ¡Bufon!

BUF. (Canta.) *Me trata sin compasion.*

MAL. ¡Bufon!

BUF. (Canta.) *¡Mal haya! ¿por qué razon?*

MAL. ¡Bufon! ¡oye!

BUF. (Canta.) *Está por otro perdida.*

¿Quién llama?

MAL. ¡Querido bufon! si deseas hacerte acreedor á mi gratitud eterna, procúrame una vela, una pluma, tinta y papel: á fe de caballero, te lo he de agradecer.

BUF. ¡Señor Malvolio!

MAL. ¡El mismo, querido bufon!

BUF. ¡Ay triste! ¿Cómo fué eso de perder vuestros cinco sentidos?

MAL. Bufon, te digo que no se abusó nunca tan ignominiosamente de la paciencia de un hombre. Estoy tan cuerdo como tú.

BUF. ¿No más cuerdo que yo? Pues entónces debéis estar loco rematado, si no teneis más cordura que un bufon.

MAL. Me han encerrado en este calabozo; me tienen á oscuras, me mandan clérigos asnos, y hacen cuanto pueden por volverme loco.

BUF. ¡Cuidado con lo que se dice! el clérigo está aquí. (Mudando la voz.) «¡Malvolio! ¡Malvolio! ¡que el cielo te devuelva tu juicio! Procura conciliar el sueño, y deja esa ociosa cháchara.»

MAL. ¡Padre cura!

BUF. «No te entretengas en pláticas con él, amigo.»—¿Quién, yo, señor? No haré tal. Dios os guarde, padre Matías.—«Amén, digo.»—Está bien, lo haré así.

MAL. ¡Bufon! ¡bufon! ¡bufon! escucha.

BUF. Vamos, señor, tened paciencia. ¿Qué decís?
Me regañan porque os hablo.

MAL. Querido bufon, procúrame una luz y papel:
te digo que estoy tan en mi juicio como cual-
quiera en Iliria.

BUF. ¡Ojalá fuera eso cierto!

MAL. A fe mía que lo estoy. Querido bufon, un
poco de papel, tinta y luz, y entrega lo que pu-
siere por escrito á mi señora: nunca te habrá
valido tanto la entrega de una carta.

BUF. Os lo procuraré; pero decidme la verdad:
¿estais loco de veras, ó lo fingis tan sólo?

MAL. Créeme, no estoy loco: te digo la pura
verdad.

BUF. ¡Ca! no creeré jamás á ningun loco mientras
no le vea los sesos. Os traeré luz, papel y tinta.

MAL. Bufon, te lo pagaré con creces. Vete, por
Dios.

BUF. (Canta.) *Al punto voy:
Un duende soy;
Vuelvo en un santiamen.
Y corro más
Que Satanás
Cuando me pagan bien. (Váse.)*

ESCENA III.

El jardín de Olivia.

Sale SEBASTIAN.

SEB. Este es el aire; aquel el sol radiante;
Díome esta perla, yo la palpo y veo;
Y aunque el asombro embarga mis sentidos,
Locura no es. ¿En dónde estará Antonio?
En vano fui á buscarle al Elefante:
Y estuvo allí; y allí me aseguraron

Que fué por la ciudad en busca mía.
 Pudiera serme su consejo ahora
 De áureo provecho; que aunque bien discurre
 El alma, á la que apoyan mis sentidos,
 Que puede ser error, mas no locura;
 No obstante, excede tanto á toda idea,
 A todo ejemplo tal raudal de dicha,
 Que casi de mis ojos desconflo,
 Y á mi razon censuro, porque trata
 De disuadirme de la firme creencia
 De que estoy loco, ó que lo está la dama.
 Empero, si así fuera, mal podria
 Su casa gobernar y sus criados,
 Velar por todo, y despachar asuntos
 Con aire tan resuelto, afable y firme
 Como advertí que lo hace. Aquí se oculta
 Algun misterio. Mas la dama viene.

Salen OLIVIA y un SACERDOTE.

- OLIV. Mi prisa no tacheis. Si vuestros fines
 Honestos son, conmigo y este padre
 En ese templo entrad, y en su presencia,
 Allí, bajo aquel techo consagrado,
 Juradme fe cumplida, y logre mi alma,
 Que aún turban mil recelos y mil dudas,
 Certeza y paz. Lo callará hasta el día
 Que os plazca hacerlo público; y entónces,
 Como á mi rango cumple, nuestra boda
 Celebrarémos. ¿Qué decís, amigo?
- SEB. Iré con vos y con el buen anciano,
 Y os juraré ser fiel, y á fe, no en vano.
- OLIV. Padre, guiad. Y con su luz el cielo
 Bendiga el logro de mi dulce anhelo. (Vánse.)
-